

Nora Verde

MI DOTE

Traducción de Luisa Fernanda Garrido y Tihomir Pištelek

PRIMERA PARTE

Aquella tarde el tío me dio la primera gran paliza.

Me acurruqué llorando debajo de la mesa del cuarto de estar y, sujetándome las rodillas, fragüé un plan terrible: ¡iba a escribir y se iban a enterar! Se me apareció la liberación que supondría esa escritura, cuando pudiera por fin decir de mí misma que soy escritor. ¡Qué maravilloso sería!, me decía extasiada mientras fantaseaba.

Pero todavía es pronto, ahora no soy más que una niña enrabieta cuya madre suelta cada verano en la isla, y cuyo cuerpo entero se estremece por el deseo de venganza.

Aún estoy en los comienzos de mi misión justiciera, corre el año 1981. Tengo siete años, en otoño iré a primero de Primaria en el colegio Veljko Vlahović de Split.

El tío venía enfadado del trabajo. La abuela me dijo a media voz: «Está enojado, no hables». Solía encontrárselo delante de la casa o en la calle y entonces venía a advertirme antes de que entrara. Lo oigo blasfemar a voz en cuello porque la cancilla de fuera chirría: no nos habíamos acordado de engrasarla, todo lo tenía que hacer él, ¡hostias! Tiene la cara roja y está bañado en sudor, hace calor, todavía no es mediodía. Golpea todo lo que encuentra a su paso, la punta de su zapato tropieza por azar con una maceta de la abuela, lo que es un motivo más para que suelte otra ristra de palabrotas. Yo me esfuerzo por ocultarme en algún lugar, pero no sé cómo siempre me topo con él. Si no me ve, me llama, grita mi nombre, tengo que contestar porque no para. Salgo del cuarto de estar y voy al patio.

—Ven aquí. ¿Es que estás sorda?

Me pone en las manos dos bolsas de plástico, pesan mucho y casi se me caen.

—Coge eso y llévalo a la cocina. ¡Vamos, ya estás tardando! ¡Y, me cago en la mar salada, que no se te rompa! —chilla.

Voy a la cocina cargando con las bolsas, y él viene detrás.

—Hala, y ahora ven, ayúdame a lavarme —dice mientras la abuela trae una toalla y se la pone sobre los hombros.

Con unos cuantos pasos el tío está ya en la otra punta del patio, donde en una palangana de metal hay agua del aljibe que le vierto despacio en las manos. Nerviosa y rápidamente, se frota las palmas con una enorme pastilla de jabón amarillo, yo tengo que verter el agua poco a poco y esforzarme para no derramar demasiada. El agua en la isla es muy cara, la abuela y él me lo recuerdan cada día. Se lava, las gotas de agua sucia se escurren de su cara y me salpican. Me da asco, pero no se me tiene que notar porque dirá de nuevo que me doy ínfulas.

Voy a la mesa de comer de la cocina, me siento en mi sitio: el banco de madera pegado a la pared. La abuela al otro lado y él al frente de la mesa. Tose fuerte dos veces.

La abuela trae un puchero con gachas de cebada y las sirve en los platos. El tío gruñe de nuevo.

—Me cago en la mar salada, el Tino ha dejado otra vez todas las azadas en el jardín del hotel y se ha largado, está *chalo* —y sigue contando todo el asunto con el tal Tino mientras coge gachas con la cuchara.

—Está quemando, espera que se enfríe un poco —le dice la abuela.

—Déjame en paz, tengo más hambre que el perro de un ciego —replica, y empieza a comer.

Yo revuelvo las gachas en el plato y soplo para que se enfríen. De repente el tío se detiene y alza la cuchara para observarla.

—Pero ¿qué cuchara es esta, eh? —dice, mirándome.

Al tío no le gustan las cucharas nuevas y poco profundas. Prefiere las viejas, aunque estén desgastadas, son redondas y profundas y cabe más cuando la hundes en el plato. Lo malo es que de esas no quedan muchas y yo tengo que sacar y volcar el cajón para encontrar una. Él no tiene tiempo para comer con cucharas poco profundas, siempre tiene prisa. Tiene muchísimas cosas que hacer en casa. Nosotras somos mujeres y no tenemos ni idea.

La abuela se levanta y se dirige al cajón de los cubiertos, saca una cuchara vieja y se la tiende.

—Tú me la has puesto, pero tiene que levantarse ella por tu culpa —dice él, mientras desliza la cuchara hacia mí—. Es difícil hacer algo útil. Más fácil es ojear historietas durante todo el día y hacer tonterías en el patio.

Se está refiriendo a mi intento de plantar flores y albahaca. Varias veces me ha prohibido jugar con las macetas y la tierra, pero yo lo hago sin que él me vea, después tiro la tierra de nuevo en el jardín, barro los restos con una escobilla de mimbre y empujo la maceta vacía debajo de la mesa de la bodega, a lo oscuro, donde están los cubos con las sardinas en salazón.

Se me ha quitado el apetito, revuelvo las gachas en el plato, mordisqueo una rebanada de pan, lo mastico con dificultad y me lo trago. Siento que el bocado a medio masticar resbala despacio por mi garganta y me araña la columna vertebral. Me gustaría levantarme e irme.

—¿Por qué no comes? ¿Es que te has vuelto a atiborrar de fuagrás y chóped antes de comer?

—No —digo, y me meto en la boca una cucharada llena de gachas que todavía están muy calientes, de modo que escupo la mitad en la cuchara—. Todavía no se ha enfriado —añado, y me quedo mirándolo.

—Venga, basta de cháchara, ¡come y calla! A ver si te voy a tener que dar un bofetón.

La abuela me mira, veo que su ojos se convierten en una ranura. Siento que el calor me sube a la cabeza.

—Hoy no he hecho nada mal, he ayudado a la abuela mientras guisaba las gachas, he barrido el patio y he llevado a las gallinas... —Según enumero me levanto de la mesa.

—Es cierto, Kuzma, hijo, me ha ayudado mucho... —confirma la abuela, pero el tío la interrumpe.

—¡Cago en la mar, siéntate como Dios manda! ¡Y cómete lo que está en el plato!

—No quiero —digo, y doy unos cuantos pasos para rodearlo y salir de la cocina.

Veo volar una bofetada. La abuela salta y lo sujeta por la manga.

—Nelica, corazón mío, siéntate y obedece al tío.

—No le voy a obedecer —le grito a ella, pero lo miro a él.

Corro entre el aparador y la silla del tío, quiero llegar a la cancilla y escapar a la carretera y bajar hasta el puerto donde está el ferri. Pero el tío aparece a mi lado antes de haber alcanzado la cancilla. Me sacude por los hombros. Se quita el cinturón y me da de correazos en las piernas.

—¡Joder con la puta cría! ¡Vas a aprender a contestarme!

Me tapo la cabeza y la cara con los brazos, pediría ayuda a la abuela, pero no llego, las manos de él son más pesadas y rápidas y, cuando blande el cinturón, me parece que me arde la piel en el punto donde pega, casi no puedo respirar. De repente se detiene y yo entonces veo detrás de él a la abuela, que le dice algo. No oigo el qué, tengo un rumor en la cabeza, como cuando le doy vueltas a la ruedecita de la radio mientras busco una emisora.

El tío me deja y se va. El cuerpo entero me arde. La abuela quiere abrazarme, pero yo me escapo. Voy al cuarto de estar y doy un portazo. Allí me escondo debajo de la mesa. El mantel es largo y reina una agradable penumbra. Por fin, cuando estoy sola, rompo a llorar. Sollozo y me seco las lágrimas con las palmas de las manos y luego, mojadas, me las restriego por la camiseta.

Si alzo un poco la cabeza, toco con la coronilla el tablero de la mesa y casi se levanta. Ya soy muy grande para sentarme debajo, pero lo he conseguido de alguna forma, decidida a quedarme allí un rato, tanto como aguante. Trato de sosegar la respiración y de encontrar la postura más cómoda. En ese instante, este cuadrado de espacio debajo de la mesa de madera del cuarto de estar es mi torreón y mi trонера. Un lugar en el que solo cabe un hombre, herido pero rabioso, solo contra todos.

La abuela viene a sentarse en el sofá delante de mí, coge algo en las manos y le da vueltas, habla sola. La oigo por un oído, contemplo sus zapatillas de cuero negro y sus delgadas piernas de piel flácida. Habla a media voz, enristra palabras. No me interesa lo que dice, lo he oído muchas veces. Quince o veinte años después me enteraré de que ese río de palabras era su forma de soportar la situación. La voz de la abuela me resulta rara, me recuerda a unas ancianas que vi en una serie que ponen en la televisión después de las noticias vespertinas, en ella las mujeres parecen llorar mientras hablan. Pero no lloran de verdad, solo hablan con voz gimoteante, cada una cuenta lo suyo, pero siempre es parecido y lo hacen al mismo tiempo. Como si hablaran con los espíritus que solo ellas ven. No entiendo por qué no paran, y enseguida me resulta incómodo escucharlas aunque esté sola en casa. Por eso también me incomoda la letanía de la abuela en el sofá, me gustaría que se marchara del cuarto de estar para quedarme yo tranquila.

En un momento se calla y lanza un profundo suspiro.

—Ven aquí —me llama, y palmea con la mano la otomana a su derecha—. Anda, ven, siéntate aquí. Te rascaré la cabeza como a ti te gusta.

Sigo fingiendo que no la veo ni la oigo, me concentro en el tictac de las agujas del reloj de pared. Iré cuando empiecen a dolerme las rodillas de estar en cuclillas. Primero cruzaré el patio e iré al baño, a lavarme y a hacer pis. Volveré al cuarto de estar, me sentaré a su lado, apoyaré la cabeza en su regazo, y ella me acariciará toda la tarde. No irá a lavar los platos ni a llevar los restos de la

comida a las gallinas, nada de lo que a esas horas del día suele hacer. La abuela contará historias interesantes que no había oído antes. Hablará y yo le preguntaré algo aquí y allá. Nuestra vieja rutina se va metiendo poco a poco en la casa.

Al día siguiente me acordaré de todo al despertarme y ver en mis brazos y piernas las manchas rojas del cinturón. Parecen granos de arena en los que debería ver una señal antes de que las olas del crepúsculo borren las huellas.

La abuela esa mañana volvió de la compra y sacó un paquetito de la bolsa. Envuelta en un fino papel blanco había una cajita de plástico con un ungüento amarillo. Después de la comida, en el dormitorio, me la untó en los puntos rojos.

—Para que se te cure deprisa y te escueza menos —dijo.

El tío me evitará los próximos días, solo me dirigirá la palabra cuando sea imprescindible. No podré mirarlo a los ojos, no por miedo, la sensación de asco que me produce será más fuerte que cualquier cosa que hubiera sentido a mis siete años. En la mesa de comedor será la abuela quien ponga los cubiertos para comer, yo estaré eximida de esa tarea. En lugar de eso, me dejará que todas las noches, cuando descienda el calor, riegue el jardín con la fina manguera negra. Me enseñará a sujetar la manguera baja o a dejarla sola al lado de las tomateras, los pepinos y los calabacines, hasta que la tierra a su alrededor se empape. Con el tiempo me mandará al huerto con un barreño de plástico en el que pondré las verduras que recoja.

Cuando alguno de los transeúntes o de los vecinos me ve trabajando en el huerto, hago como que yo no los veo y, ensimismada, hurgo en el denso follaje de la mata de calabacines. Es tan espesa que apenas veo los calabacines verde claro que ya están listos para que los recojan sin madurar del todo, como dice la abuela. Cojo tantos como puedo llevar y cruzo la carretera corriendo, abro la cancilla con el codo y llevo el barreño lleno a la cocina.

Estoy contento, de nuevo soy un chico que ha hecho lo correcto, he ayudado a la abuela. Soy bueno. Soy bueno y fuerte. Mejor que el tío. Y más inteligente.

Las palizas del tío son un cursillo de orientación profesional. A partir de ese día, despechada y enfadada, empiezo a forjarme en la profesión de la venganza con la pluma.

Diez años más tarde, al contrario que a muchos de mis compañeros, a mí no me atormentarán las dudas a la hora de elegir facultad. Entretanto, la biblioteca escolar sería mi cuarto de estar, acudía todos los días y aburría con preguntas a las señoras que trabajaban allí. Me hice amiga de una de ellas, que me justificaba cuando me saltaba las clases de asignaturas aburridas. Pedía

libros de personajes infelices y tristes. Los guardaba en el bolso emocionada, mientras ella me preguntaba por las lecturas obligatorias que leíamos en esos días. Le hablé de algunas y callé sobre otras. Hablaba de lo que me convenía a mí, de Maksim Gorki, de las novelas de Petar Šegedin, de los dramas de Marijan Matković, de los poemas de Tonči Petrasov Marović, que no entendía pero leía una y otra vez, hasta que excavé un camino sinuoso a través de los versos hacia un mundo que era solo mío y en el que esta familia nunca pondría un pie. En ese mundo me hallaba a salvo de ellos, pensaba entonces, pero todavía no sabía cuán equivocada estaba.

Caminamos por el asfalto ardiente en el puerto de ferris de Split. Cargamos con bolsas. Me duelen los hombros, las asas de plástico de las bolsas me cortan las manos. Mi madre corre a comprar los billetes a la ventanilla de Jadrolinija, yo espero fuera. Me siento en un banco de piedra lisa, a mi alrededor el equipaje que ha dejado para que lo vigile. Hay mucho jaleo, mi madre siempre cree que nos van a robar, pero nunca sucede. Como si tuviéramos el qué, pienso yo, pero no puedo decirlo en voz alta porque me gritará que nunca tengo cuidado de mis cosas y que estoy chalada. El *Lastovo* está atracado en el muelle más lejano, cerca del faro. Parece una fiera blanca y enorme con la lengua fuera por la que entran con ruido y estruendo camiones, cisternas, coches, motos... Tengo miedo del barullo y de los gritos de los trabajadores del puerto, de los barcos, y de los camioneros. Intento orientarme en este lío, así que cruzo rápidamente las estrechas escaleras de hierro y los pasillos que llevan a cubierta y al salón.

—Vigila el equipaje, memoriza siempre dónde hemos lo hemos dejado y de vez en cuando ve a echar un vistazo —repite mi madre varias veces. Me ha preparado varias bolsas con comida y ropa de verano. Al tío le llevo de Split cecina y a la abuela, queso, chocolate y velas de cera.

Mamá siempre me envía en verano sola a la isla de Korčula, unos días después de que termine el colegio en junio. Ella se queda en Split por los turnos de noche en el restaurante. Es el apogeo de la temporada turística y solo en septiembre le darán unos días libres.

Ella le pide a cualquiera de los conocidos de Vela Luka que vuelven en el barco que me vigile un poco durante el trayecto. Entra en el ferri conmigo para ayudarme a meter el equipaje porque yo sola no puedo. No para de soltar su letanía: «Obedece a la abuela y ayuda en lo que haga falta, obedece al tío y no te enfrentes a él, lávate la ropa, no te gastes dinero en el barco». Después de repetir lo mismo varias veces, corre para bajarse del ferri por si acaso se pusiera en marcha y ella se quedara dentro.

Me gusta sentarme en los sofás de cuero marrón del salón del barco. En verano puedes ver gente de lo más diverso: extranjeros que hablan idiomas raros y ponen en las mesas de madera comida que no he visto nunca. La barra del bar siempre está ocupada por hombres mayores, korčulanos que han estado en Split de compras o que han ido al médico y vuelven a la isla. Toman café, aguardiente de hierbas amarillo verdoso en vasitos de vidrio o beben de la botella de cerveza. Hablan a voz en cuello en los dialectos de pueblos de la isla: de Vela Luka, de Blato, de Smokvica o de Lumbarda. Si los miras desde un rincón, parece que se están gritando o peleándose entre sí.

Por eso los extranjeros van a la barra con cuidado y como si les diera vergüenza, pagan veloces y se llevan su taza de café, el tetrabrik de zumo o el bocadillo.

Paseo por el salón, a través de la vitrina de cristal al final de la barra contemplo los bocadillos de gruesas rebanadas de pan con jamón y queso envueltos en servilletas. Me da hambre aunque antes de salir de casa me he puesto hasta arriba de acelgas y escalope. Tengo en la mochila dos bocadillos que me ha preparado mamá para el viaje, pero el deseo de comprar la comida detrás del cristal es más fuerte.

fragmento 2.

—Era un pecado sentarse y no hacer nada —dice la abuela—. Daba igual que uno estuviera enfermo o desganado, tenía que hacer algún trabajo pequeño.

Me da vergüenza cuando habla de eso. Porque para mí no hay nada mejor que tumbarme en la cama o sentarme en un tajuelo en el patio y leer una historieta o un libro, viajar por todas partes llevada por mis pensamientos. La abuela lo sabe y por eso me deja jugar todo lo que quiera.

Ya han pasado las dos, ahora es cuando más pega el sol. Ya me he aburrido de estar acostada con la abuela en su cuarto. Salgo de puntillas y me siento en un tajuelo, al lado del aljibe, donde se está más fresco. Me da la sensación de que hay brisa y de que sopla un vientecillo. Cierro los ojos. Debajo de cada párpado veo los colores: amarillo, lo que más, luego naranja y rosa. Al cabo de un rato me aburro, así que abro los ojos y miro qué otra cosa podría hacer.

Alzo la tapa de madera del aljibe, con cuidado para que la abuela no se despierte y oiga la madera golpear contra la piedra. La apoyo contra el muro y luego cojo la cadena con el balde y la voy bajando poco a poco: la agarro con fuerza para que no vuelva a resbalármeme entre los dedos. Meto la cabeza en la oscuridad del aljibe, me veo abajo reflejada en el agua de lluvia. Oigo un plof: el balde ha vuelto a caer al agua, agito la cadena de izquierda a derecha, tengo que inclinarlo para que el agua empiece a entrar y luego, cuando siento que pesa, tirar suavemente hacia arriba.

He intentado varias veces subir el agua sola. La abuela me ha enseñado a hacerlo, pero a mí se me sigue cayendo el balde dentro, porque las manos me sudan y se me resbala la cadena pesada por el agua del balde. El tío dice que tengo los brazos pequeños y débiles, más delgados que la pata de una mesa.

—¡Otra vez ha tirado el balde al aljibe! ¡Ay, señor, si tiene los brazos de mantequilla!

No me gusta que la abuela hable de mí como si no estuviera delante.

Se enfada porque le toca pescar el balde por el aljibe. Para eso tiene un gancho largo en un fino palo de madera. Lo trae y empieza a buscar el balde por el aljibe y lo saca fuera, lleno hasta rebosar, el agua se derrama por los bordes.

—¡Ya tendrías que saber sacar agua tú sola! —me repite siempre, pero cada vez que lo intento a duras penas saco medio balde, jamás lo he sacado lleno. Y ahora es igual, tiro de la cadena con impaciencia para ver cuánta agua hay dentro.

Me gusta el agua del aljibe. Me lavo con ella para refrescarme y lo mojo todo alrededor: me quito las chancletas y esparzo el agua por el patio con los pies, para que se seque antes de que se levante la abuela y no vea que he vuelto a tocar el aljibe. Tengo los pies sucios, me los lavaré luego en el barreño.

Cuando el tío pasa a mi lado en el patio, me estremezco y corro a buscar una tarea, aunque solo sea fingir que estoy haciendo algo. Si me pilla despistada, me arrastrará con él para que le sujete una viga o le alcance las herramientas. A la mayoría de esos trabajos no les veo sentido, puede hacerlos sin mí sin ningún problema.

—¿Pero qué estás haciendo? ¡La madre que te parió, eres un zoquete!

Le tiembla la voz como si fuera a pegarme si no lo hago como él quiere. Al segundo me está colocando el brazo y me dirige. Su mano es pesada y ruda en el roce, estoy deseando que la aparte. Después de estas tareas estoy cansada y me voy a esconder al cuarto de la abuela. Me hago un ovillo en la cama mientras el corazón me late a cien por el enojo. Acecho los ruidos del patio, lo oigo pisar con sus pesadas almadreñas. Pienso en por qué el tío me odia tanto y por qué nunca me elogia si hago algo bien. No pega a sus hijos, solo les grita, y ellos se callan en el acto y luego hacen lo que les ha pedido.

La abuela está siempre en movimiento. No se parece a las abuelas de mis amigos de Split, que en su mayoría están jubiladas. Cocinan, hacen las tareas del hogar o cuidan a los nietos, ven las series de la televisión o pasean por la ciudad, se sientan en el paseo marítimo o en el parque y disfrutan al sol. Se visten como señoras, con ropa refinada, van al menos una vez al mes a la peluquería y con las amigas a tomar un café o al cine. Caminan despacio y elegantemente, y no como la abuela, que siempre anda azacanada.

Se levanta la primera y desde muy temprano se pone a trabajar. Después de tomarse a toda prisa un poco de leche caliente con un rosco migado, empieza la tarea: barre el patio, da de comer a las gallinas, lava la ropa a mano, la escurre y la tiende. Va corriendo al supermercado, compra pan y todo lo que nos hace falta, prepara la comida, cava el huerto y los sembrados, saca agua del aljibe, riega las flores y la albahaca, recoge verduras, plancha...

A mí me duele, me gustaría que también mi abuela fuera una señora.

Estamos sentadas a la pequeña mesa de madera de la cocina. Al lado, en el suelo, hay un cubo lleno de guisantes tiernos que la abuela recogió el día anterior en Hoćaglavica. Ella me ha enseñado a pelar guisantes. Se presiona la vaina por un extremo con el pulgar y el índice y luego se tira de la hebra hasta el final y con el pulgar se vacía la vaina en un recipiente de plástico.

—Abuela, ¿por qué no dejas de ir al campo? —le pregunto.

Alza la cabeza y me mira perpleja.

—¡Virgen santísima! ¿Por qué iba a dejar de ir?

—Pues porque sí. Ya tienes muchos años, deberías descansar, reposar.

—¡Ay de mí! Y, entonces, ¿de dónde íbamos a sacar para comer? ¿Quién iba a trabajar en mi lugar? El tío no puede hacerlo todo solo. La maleza crecería debajo de los olivos, tendríamos que comprar aceite y vino, no tendríamos col rizada ni repollo, tendríamos que ir a comprarlo todo a la tienda, hija mía.

—Y, abuela...

—Y, nieta...

—¿Por qué no tenemos dinero como los otros?

—¿Qué otros, hijita?

—Los otros niños de mi clase en Split.

La abuela se pone de pie y todas las arrugas de la cara se le afilan de repente. Su piel parece la de las imágenes en los linograbados, llena de surcos profundos.

Antes de que abra la boca para decir algo, enumero lo que tienen mis amigos de clase:

—Van de vacaciones de invierno, juegan al tenis, hacen *ballet*, natación, tocan la guitarra, el piano, tienen coche, y casa propia. Para el bocadillo del recreo se compran lo que quieren y la mayoría ni se lo comen, sino que lo tiran.

La abuela menea la cabeza y me mira, pero sigue pelando guisantes.

—Y no tienen que estar trajinando en casa como yo. Mamá no me deja respirar, siempre soy la primera que debe volver a casa del paseo, después del colegio —digo, y dejo de pelar guisantes. Me seco las manos en la camiseta y las poso sobre las rodillas.

—Tu madre y tú estáis solas. Los otros tienen padre o alguien más en la familia. Es normal que le echéis una mano, corazón.

—Lo sé —digo, y me revuelvo nerviosa en la silla.

La abuela suspira. Son raros los momentos en los que guarda silencio delante de mí, se ha quedado sin palabras. Siento haber empezado a hablar. No puedo estar callada, así soy yo.

Mamá no para de repetir que hablo mucho. Cuando llego del colegio le cuento todo lo que ha pasado ese día en la clase, en el recreo de la mañana y después, mientras volvemos hacia casa. Ella se va a otro cuarto intentando escaparse de mí, pero como el piso es pequeño no tiene mucho éxito porque yo voy hablando tras ella. No callo, espero que algo en mi historia la sorprenda y se vuelva hacia mí. Ardo en deseos de que me diga algo bonito, algo especial. Por eso pongo tanto empeño en que mi cháchara sea lo más interesante y divertida posible. A veces empiezo a reírme yo sola, cuando digo algo bueno, pero ella sigue dando vueltas por el piso, dobla su uniforme del trabajo, barre el suelo o friega los platos. De repente me interrumpe en mitad de la frase y dice: —Cállate, por favor, me duele la cabeza.

La cabeza le duele a menudo. Yo creo que es porque trabaja mucho y por la noche regresa tarde a casa, y por la mañana tiene que ir a la tienda, al mercado, tiene que lavar la ropa del trabajo, planchar y, antes de que yo vuelva a casa, preparar la comida.

Hay muchas cosas que me inquietan, y que no tengo a quién preguntar. Y cuando consigo contenerme y no hablar, me siento peor, como si me fuera a explotar la cabeza. Se me saltan las lágrimas. Me voy detrás de la casa y estampo la pelota con todas mis fuerzas contra la pared, para que resuene al máximo, hasta que acabo empapada de sudor. Pero tampoco eso me ayuda, solo acabo muy cansada y con las mejillas rojas y ardiendo.

—¿Y te miran por encima del hombro por eso? —me pregunta la abuela al cabo de un rato.
Yo callo.

—A nosotros, la familia no nos ha dejado ni dinero ni oro ni mansiones con buenas tierras. No merece la pena que seas infeliz por eso en la vida, corazón. A tu alrededor siempre habrá gente rica, pero tú tendrás que trabajar, igual que yo, e igual que tuvieron vida de labor mi madre, mi padre, mis hermanas y mi hermano.

La abuela se da cuenta de que no estoy satisfecha con su explicación, que me disgusta y que se me han quitado las ganas de pelar guisantes.

—Anda, vete al cuarto de estar a sentarte en la otomana, y yo voy enseguida —dice conciliadora, y yo voy a sentarme en el sofá viejo y chirriante con una funda descolorida de rosas y musgo.

La abuela me rasca la cabeza y me acaricia el pelo. Eso me tranquiliza. Sabe que me encanta que me pase los dedos por la coronilla. Cierro los ojos y fantaseo con que mamá, papá y yo somos una familia de verdad. El fin de semana vamos de excursión o a un restaurante. Pedimos una parrillada de carne en una gran fuente oval y nos atiborramos. Después damos un paseo, jugamos al bádminton o nos tiramos un auténtico balón de cuero de fútbol.

—Tienes un pelo precioso, sano, espeso y negro, como todas las mujeres de nuestra familia —La voz de la abuela me espabila. Vuelvo a ser la niña vergonzosa que teme levantar la mano en clase, aunque soy la única que sabe la respuesta a la pregunta que ha hecho la maestra, porque si la levanto entonces todos los compañeros me miran, me acaloro y ven que me pongo roja. Por eso callo y escribo en el cuaderno las respuestas mientras la maestra continúa con la lista y llama a otros alumnos.

Un niño de la clase B me había preguntado en el recreo de la mañana si mis padres estaban separados. Mentí diciendo que no y me escapé al murete detrás del colegio. Allí me quedé un rato en medio de las bolsas de papel y los tetrabrik desechados, me recuperé un poco y volví.

Me he dado cuenta de que la abuela se calla de repente cuando nombro a papá. Le preguntaría por qué mamá dejó a mi padre. Pero ella no quiere hablar de eso para nada, y se pone muy nerviosa cuando lo menciono.

Me esfuerzo por no decir nada de papá delante del tío porque sé que me replicará con un comentario desagradable sobre él. Aprovecha cualquier ocasión para volver a contar cómo, cuando yo era muy pequeña, mis padres se pelearon en Split, papá cogió el ferri y llegó solo a Vela Luka, a casa de los abuelos. Disfruta repitiendo cómo se emborrachó mi padre en la taberna con aguardiente y vino. «Dado lo cual tuvieron que llevarlo a la cama», dice mientras enumera todo lo que sucedió ese día.

Entonces la abuela se enfada y lo interrumpe: «¿Por qué hablas de eso? ¡Anda, cállate!». Él guarda silencio, pero se ríe tanto que le tiemblan los hombros.

A mí me gusta que la abuela le tape la boca al tío. Si pudiera, yo le daría un porrazo en la cabeza. Es bajo, pero robusto, como uno de esos jeeps negros de metal con amortiguadores con los que juega el crío de la calle de abajo: solo araña el suelo con las ruedas, lo suelta y el coche se estrella a gran velocidad contra la pared. Cuando crezca, yo seré seguro más alta que el tío y podré devolverle todo lo que me ha hecho. Lo único es que todavía me falta mucho para ese momento, tienen que pasar años y años para que él sea viejo y débil, y yo ágil y fuerte. Ahora las cosas son como son, pero el tiempo vuela como el viento, canturrea la abuela, y yo lo azuzo para que vaya más deprisa, rebobino la cinta en el proyector y hago que las imágenes se vuelvan locas, solo se ve una línea blanca, un truco óptico de la luz que la mente empuja hacia adelante, hacia el futuro.

Treinta años más tarde, el tío y yo nos encontraremos de nuevo en la antigua cocina en la que ya no se freían patatas en la enorme sartén negra, más vieja que Matusalén. Dentro huele a aceite rancio, a cebolla, y un poco a la hierba que mi primo lía en un porro largo y elegante.

Es temprano por la mañana, me despiertan solo para que vaya a saludar. «Por educación». Yo no tengo ganas de discutir.

El tío es viejo, pero sigue siendo el mismo. Los tajuelos de madera en los que nos sentamos mientras él habla del perro del vecino, cuyos ladridos le ponen nervioso, también son del tiempo de la abuela.

—Le tiré una piedra y dejó de ladrar, ¡pardiez! —fanfarronea. Blancos como yo hace mucho que están fuera de su alcance, solo le quedan los animales pequeños, los perros y los gatos del vecindario.

Durante años mantuvimos una guerra de trincheras: yo me armaba con palabras y él con la pura fuerza. Siempre ganaba él, pero nunca del todo, tenía que volver una y otra vez y golpear de nuevo. Parecía que nunca terminaba el trabajo.

Sentada, lo observo. Busco en su cuerpo semejanzas con el mío. ¿Hay en su cara alguna arruga fruto de mi rebeldía y desafío? Me pierdo en las líneas de su piel como en las estrechas calles del gueto de Split, por las que cuando era adolescente solía ir sola para ejercitar «mis gestos».

—¡Hostia, ya vuelve a la carga! —exclama el tío en cuanto la abuela menciona El Shatt. Se ríe de ella, pero la abuela finge no oírlo, se vuelve hacia mí y habla. Todos los Padretović viejos se saben de memoria la historia del exilio de la abuela a Egipto durante la Segunda Guerra Mundial.

A mí me interesa todo, todos los detalles. Los recuerdos de la abuela son tan vívidos y reales que me parece que ocurrió hace unos pocos años y no cuarenta. Creo que se debería hacer una película con El Shatt de la abuela, con ella de protagonista. Su historia me produce más tensión que Indiana Jones. Me gusta Indiana, pero no es de mi familia y no creo que todo lo que se escribe en las historietas sea verdad. Y la abuela a mí no me mentiría, de eso estoy segura al cien por cien.

A la abuela cualquier cosa puede recordarle El Shatt: una vez es el bochorno que se cierne sobre nuestra casa en julio; otra vez, en el pueblo, oye a un extranjero que habla inglés; ve en la televisión unos camellos y el desierto y enseguida se acuerda de unos sabrosos dátiles que no había probado nunca antes...

Con sus hijos, entonces unos niños de seis y cuatro años, la abuela se fue al exilio al cabo de unos meses de la capitulación de Italia. Hacía un tiempo que el abuelo estaba con los partisanos y ella se había quedado sola en casa con los críos. Después de que los carabinieri italianos fusilaran a Frane, su hermano mayor, en el muro del cementerio de Vela Luka, la abuela y todos los lugareños tenían más miedo aún a los alemanes que iban a llegar.

—Pobre hermano mío, no le había hecho nada a nadie —dice, y a mí me parece que se va a echar a llorar. Por eso a la abuela aún hoy siguen sin gustarle los italianos, aunque yo le cuento que en el colegio he aprendido que ellos también fueron partisanos.

—Que no me caen bien, y se acabó —se limita a decir meneando la cabeza, y yo entonces no intento defenderlos.

—¡Coge un lápiz! —dice la abuela, y yo corro al dormitorio y vuelvo con un cuaderno y un bolígrafo en la mano. Me siento en el taburete y abro el cuaderno por una hoja en blanco.

—Me acuerdo de que era el veinticuatro del cuarto mes del cuarenta y cuatro. Nos habían dicho que partiríamos a las cuatro de la madrugada.

Escribo los números en letra. Parece extraño, muchos cuatros, pero no tengo tiempo de pensar en ello ni de preguntar porque ella seguía hablando.

Empaquetó a toda prisa las cosas más urgentes. Una manta, una botella de agua, un par de zapatos para cada uno y la poca ropa que tenían. Lo más difícil para ella fue dejar la casa, el jardín, las gallinas y una vieja burra que tenían antes de Šokica. Embarcaron en buques que los llevaron al sur de Italia.

—Abuela, ¿por qué tuvisteis que irnos?

—Pues nos fuimos porque todos se fueron y en Luka había una gran hambruna, al principio solo comíamos menestra, gachas y algún huevo durante días, y después ni siquiera había eso. Apenas se podía ir a pescar, ¡no había nada!

Escribo en el cuaderno: «Primera noche: huida».

—Entramos en un barco grande, sucio. Nos sentamos unos encima de otros, como si todo un pueblo hubiera cabido dentro. Había un olor pestilente, la gente hacía sus necesidades en un trozo de papel y lo ponían en un montón de paja que después los partisanos tiraban por la borda.

Escribo lo que cuenta, lo hago a toda prisa y con letra desordenada, ya lo copiaré mejor más tarde, ahora no tengo tiempo porque debo escuchar y escribir lo que sucedió luego.

—Al principio no querían decirnos adónde íbamos. Solo nos decían que teníamos que marcharnos de prisa porque los alemanes nos matarían a todos.

Se detiene, como si recordara algo, y luego continúa.

—Cuando llegamos a Bari, nos raparon a todos. Al cero, hija mía. A los hombres y a las mujeres, viejos y jóvenes. Me anduvieron por la cabeza con unas navajas. De joven tenía un pelo negro precioso, gracias a Dios que volvió a crecerme.

Aquí la abuela vuelve a detenerse y se queda pensando en algo. Yo espero.

—Nos metieron en el tren, ¡ay de mí!, ¡qué era aquello! Se balanceaba y aullaba, ninguno de nosotros había montado antes en tren. Pienso que nunca he pasado más miedo en mi vida, los dos críos ya ni lloraban, solo se apretujaban contra mí temblando.

Cuando lo dice, se me pone la carne de gallina.

—Y seguíamos sin saber adónde íbamos, solo algunos de los nuestros nos decían que íbamos a un lugar seguro. Podías creértelo o morirte de miedo. Entonces llegamos a Tutarano. Allí nos metieron en unos barracones de madera y me acuerdo de que nos quedamos una semana. Estábamos sucios, teníamos hambre. Algunos niños y ancianos habían muerto de todo tipo de enfermedades, los que eran más frágiles.

No había pasado mucho tiempo cuando volvieron a montarse en el tren.

—Donde llegamos había unos almacenes grandes, habían puesto paja en el suelo para que pudiéramos tumbarnos. Nos dieron de comer un queso agusanado, yo no permití que Kuzma y Vicet lo comieran, para que no se envenenaran. Me acuerdo de que nos dieron repollo con patatas y manzanas, eso sí lo comimos.

La abuela se coloca el pelo detrás de la oreja, de nuevo se lo alisa, y yo tengo tiempo para pasar la hoja y empezar una nueva.

—Cuando cayó la oscuridad, vinieron a decirnos que afuera, delante del almacén, iban a echar una película. Algunos salieron para ver qué era, yo me quedé dentro acostada con los niños. Entonces oí que unos automóviles chirriaban y la multitud afuera empezaba a gritar. Agarré a las criaturas y salí. En la pared se veía un auto que venía directo a nosotros y un hombre que giraba el volante. La gente chillaba y se hacía a un lado, algunos volvieron dentro del almacén. Yo me acosté en el suelo con los niños, medio muerta de miedo.

Entre los refugiados se comenzó a hablar de que se los iban a llevar a otra parte.

—Ya no creía a nadie, decían que partiríamos a África con un barco enorme.

Un día llegó un hombre del comité de refugiados y les dijo que se prepararan porque por la noche los esperaba el barco.

—Entramos nosotros en el barco enorme, caminamos a oscuras uno tras otro, apenas veíamos lo que había delante. No se podían encender muchas luces porque los ingleses temían que los alemanes nos vieran y nos bombardearan. En el barco —cuenta la abuela— había más de mil personas. La gente yacía amontonada. Los soldados iban con linternas y nos pedían que estuviéramos callados y nos durmiéramos. ¡Y quién iba a dormirse con el miedo que teníamos! Solo cuando amaneció vieron lo grande que era el barco en el que navegaban. Era un buque de carga británico, acondicionado a toda prisa para el transporte del ejército y refugiados. A su alrededor había más barcos y todo el rato los sobrevolaban aviones aliados que protegían el convoy de los ataques de los bombarderos alemanes.

En la travesía hacia El Shatt comprendieron enseguida que con los ingleses no se bromeaba y que tenían que obedecer sus órdenes.

—Los ingleses no nos dejaban movernos mucho por el barco, había que estar tumbados dentro, en la bodega del barco, y quedarnos tranquilos. Eran estrictos y parecían enfadados, como si nos detestaran.

Después de cuatro días y cuatro noches de viaje, el buque atracó en Port Said, una gran ciudad portuaria en la entrada norte del canal de Suez. Desembarcaron y vieron palacios y los alminares de las mezquitas.

La abuela sonríe por primera vez: —Port Said era muy bonito. Muchos teníamos la esperanza de quedarnos allí.

Pronto les dijeron que seguían el viaje.

—Cuando oí que nos volvían a meter en un tren, me dieron ganas de tirarme al negro mar del puerto —dijo la abuela, y yo escribí a toda prisa en el cuaderno con mayúsculas: «De nuevo el tren».

El trayecto en vagones de ganado duró horas, el tren era muy lento. Por el camino, los soldados aliados les dijeron que iban a un verdadero campo de refugiados, que se preparaba solo para ellos. Del tren los trasladaron a camiones.

—A través de la lona de los camiones se veía solo arena, donde quiera que alcanzara la vista. Creíamos que nos limitaríamos a cruzar aquello y que nos llevaban a otra ciudad. Pero cuando salimos al exterior no vimos más que tiendas y arena. Estábamos más rabiosos que un perro, contra los ingleses y también contra los nuestros, que nos habían dicho que íbamos a un lugar seguro. Los hombres se gritaban unos a otros, algunos se molieron a palos, pasó de todo.

La abuela se interrumpe otra vez, creo que quiere decir algo más, pero calla. A mí me resulta absurdo preguntar.

—Fuimos a acostarnos a esas tiendas y por la mañana... ay de mí... empezó a soplar el ghibli. La arena se levantó invadiéndolo todo, nos entró en los ojos, en los oídos, se metió entre el pelo, la ropa, las tiendas. No podías andar porque no veías nada delante de ti, solo arena, como si llegara el fin del mundo, era lo que pensaba. Nos refugiamos en unas casitas de piedra hasta que el viento amainó.

Al cabo de un día entero de pánico, el viento se calmó. Todos empezaron a limpiar la arena de las cosas.

—Comí el arroz que nos dieron y tenía arena entre los dientes.

Al principio lo más difícil fue acostumbrarse al gran calor durante el día y a las bajas temperaturas por la noche, a causa de las cuales se congelaban.

—Nos tapábamos con la única manta que había traído de Luka, y más tarde los ingleses nos dieron unas mantas bonitas y gruesas.

Muchos adultos y niños enfermaron de pulmonía, gripe u otras dolencias.

—Una inglesa loca le echó agua fría a un niño con fiebre y el pobre murió —dijo la abuela meneando la cabeza.

Al principio, la abuela y los tíos soportaron bien el clima del desierto, pero, allá por junio de 1944, el tío más pequeño se puso malo. Tenía una infección intestinal muy fuerte, por lo que los trasladaron al campo vecino de Tolumbat. Allí la vida era más fácil. Tolumbat estaba al norte, tenía una salida al mar y el clima se parecía más al nuestro.

—Vice no podía comer, el pobrecito estaba muy débil. Todo lo que le dábamos lo devolvía. Todos los días iba a nuestro médico y le rogaba que me dijera qué tenía la criatura. Me daba miedo que fuera una enfermedad horrenda y que se me muriera allí mi pobrecito niño. Yo rezaba el día entero. Y una noche se levantó de la tienda hospital, muerto de hambre, y en la tienda vecina, mientras la gente dormía, agarró un gran trozo de queso y se lo zampó. Los de la tienda se despertaron y empezaron a gritarle que de quién era y, cuando vieron que era Vice, les entró la risa.

A la abuela le gusta hablar de los árabes. Los llama negros.

—Venían los negros con vestidos blancos, no nos decían nada, tendían las manos y señalaban la boca. Querían decir así que tenían hambre, que les diéramos cualquier cosa. Había uno joven, guapo, flaco como un junco. Cuando venía, nosotros, deprisa para que no nos vieran los ingleses, le dábamos una hogaza de pan, queso o lo que tuviéramos. Un día él nos trajo un montón de higos en el regazo.

Los ingleses castigaban a los árabes por mendigar, y a la abuela y a los otros refugiados les daba mucha pena.

—Los ingleses perseguían en moto a los árabes y, cuando los atrapaban, les daban latigazos en la espalda desnuda hasta hacerlos sangrar. Era muy horrible verlo. Y la pobre gente tenía hambre, no había necesidad de pegarles.

Mientras la abuela habla de los ingleses y de los árabes, yo intento entender quiénes son los buenos y quiénes los malos. Unas veces me parece que son los árabes los buenos y otras que son los ingleses. No hay manera de llegar a una conclusión.

Primero cuenta que un negro robó un vestido a una mujer de una tienda, luego otro le salvó la vida a una refugiada. Los ingleses en una historia les dan de latigazos a los negros que han sorprendido mendigando al otro lado de la valla y luego uno de ellos lleva en brazos a un niño enfermo a la tienda hospital. Le pregunto a la abuela si los ingleses eran buenos o malos, pero ella evita contestar. Yo soy insistente, le doy la lata, así que al final me confiesa que tampoco lo tiene claro.

—Los ingleses nos trataron muy bien, pero a los negros no podían verlos ni en pintura, y para nosotros no era fácil de entender. Nos habríamos muerto de no ser por los ingleses, pero también los negros nos ayudaron mucho.

Los negros hacían la mayoría de los trabajos sucios del campo por cuatro perras. Su tarea era llevarse la basura que se acumulaba en unos cubos enormes. La abuela dice que a menudo lo hacían todo muy despacio para poder mirar a nuestras mujeres.

—Se volvían hacia ti y decían: «Jahala bibi a zi ze, jahala bibi a zi ze», y se reían mostrando los grandes dientes blancos. Al principio no entendíamos qué significaba.

Los negros repetían esa extraña frase a las mujeres, hasta que todo el campo se la aprendió de memoria. Los nuestros indagaron para saber el significado y por fin un inglés que sabía árabe les dijo que significaba «te quiero, muchacha».

Al principio los refugiados sufrían escasez de alimentos, pero pronto empezaron a llegar paquetes a El Shatt. No era una comida a la que los dálmatas estuvieran acostumbrados, pero con el tiempo aprendieron a guisarla e incluso a hacer dulces con ella.

—¡La de bananas que comimos en El Shatt, Virgen santa! Y no es que no me gustaran, sino que con aquella canícula lo que nos apetecía eran frutas de verdad, uvas, melón, higos, nísperos.

En El Shatt la abuela echaba de menos la comida casera, las verduras, las acelgas y el pescado del Adriático. En los paquetes llegaban en general carne en conserva, queso, huevos en polvo, arroz, mermelada. Las mujeres amasaban y horneaban pan, y en ocasiones hacían buñuelos y bollos dálmatas con aceite de oliva.

—No había ni comparación con lo que solíamos preparar en casa, pero la gente lo festejaba y canturreaba. La vida seguía adelante.

A la abuela la agobiaba la preocupación por la familia que se había quedado en el pueblo. No sabía nada del abuelo en la marina, de sus hermanos partisanos, de la casa y los sembrados que había dejado. A través de los aliados, llegaban al exilio noticias de las ofensivas y éxitos partisanos, pero también del número elevado de muertos.

—A veces llorabas mucho, otras callabas días enteros y otras te matabas a trabajar para no pensar.

—No se podía ir fuera del campo. Si te atrapaban nuestros guardias o los ingleses, te denunciaban enseguida al jefe del distrito. Y nosotros en ocasiones necesitábamos ir un poco más allá de las tiendas. Echaba muchísimo de menos ver un trozo de mar, al menos un pedacito. Así que nos escapamos y cuando llegamos al mar nos topamos con unos abruptos acantilados. Queríamos bañarnos, pero no era posible, así que no tardamos en regresar.

En el campo ya se habían dado cuenta de que se habían ido, por lo que cuando volvieron los llevaron ante un oficial inglés que les leyó la cartilla.

En Tolumbat, la abuela conoció a otros negros. Entre los soldados del campo había negros que estaban al servicio del ejército británico. A la abuela y al resto de los refugiados les desconcertaban los negros con uniformes militares, estaban acostumbrados a verlos al otro lado de la alambrada. Las mujeres dálmatas entablaron una amistad particular con algunos de ellos.

—Una de Blato se casó y después no quiso volver con nosotros a casa. A nuestra gente le parecía raro, y dijeron de todo. Pero quién soy yo para juzgar a nadie, no sé.

La mayoría de los refugiados de El Shatt iban a misa con regularidad.

—Hicimos una iglesia en las tiendas. Los niños hacían la comunión, se confirmaban, la gente se casaba en nuestra iglesia y a nadie le molestaba. Después, cuando retornamos a Luka, no fue igual.

Cuando llegó a El Shatt la noticia de la capitulación de Alemania, los refugiados lo celebraron con los soldados aliados. Pero debido a una epidemia de viruela y otras enfermedades, así como a la difícil organización del viaje, el regreso se hizo de forma lenta. Los grupos que volvían salían uno tras otro en intervalos de varias semanas.

—Cuando llegamos en barco al puerto de Split, una multitud nos recibió como si fuéramos reyes. Hacían sonar las sirenas, agitaban banderas, cantaban. En el barco, algunos de los nuestros empezaron a cantar en un momento *Marjane, Marjane*, en homenaje a la colina Marjan, símbolo de la ciudad, enseguida se les unieron otros y todo el barco, jóvenes y viejos, corearon la canción, y el cántico se extendió al paseo marítimo. Todos llorábamos, incluso ahora me emociono al recordarlo.

La abuela se enorgullece de haber estado en el exilio y le gusta mucho que yo le haga tantas preguntas al respecto.

—Si nos hubiéramos quedado, los alemanes nos habrían fusilado o algo mucho peor. Había que marcharse, no nos quedó más remedio. Pero así vivimos y vimos cosas extraordinarias. Me gustaría volver alguna vez para poner unas flores en las tumbas de los nuestros que murieron allí.

A mis ojos, la abuela es una trotamundos, una mujer que ha vivido en África, que ha visto negros y camellos, que conoce los nombres de muchas ciudades extranjeras a las que yo jamás iré y que, después de toda la aventura, volvió viva a casa con los tíos Kuzma y Vice.

Aunque casi todas las mujeres de la familia de la abuela estuvieron en El Shatt, solo ella sabe contar historias de los días que pasaron en el exilio. En una celebración familiar, después de que recordaran un suceso de Egipto, una hermana de la abuela me dijo: «Ya ves, solo tu abuela sabe contarlo de esa forma tan bella, yo no me acuerdo más que de las cosas malas».

El orgullo por El Shatt de la abuela ha sido mi caudal constante, la dote de la anciana que llevo conmigo a lo largo de los años, pero que cada vez ocupa menos espacio en mi memoria. Mientras absorbía las palabras de la abuela y escribía todas sus historias en el cuaderno, me parecía que nunca las iba a olvidar. La creencia ingenua de que recordaría esas historias toda la vida se ha desvanecido; me han quedado fragmentos desmenuzados de las caracolas desenterradas hacía mucho tiempo. Me atrevo a apoyar mi oído en una de ellas y me parece que oigo la voz alegre y cantarina de mi abuela.

De pronto aflora también una imagen, me sorprende su nitidez.

«Marjane, Marjane», cantamos la abuela y yo mientras volvemos de los sembrados, llevando cada una detrás de la oreja una ramita de romero o de albahaca que ella recogió en el camino. El sol cae a plomo sobre el sombrero, pero no tengo tanto calor ni tanta sed como cada vez que regresábamos del campo.